

tropelia. Manifestaron en efecto estos príncipes al gobernador español la excepcion en que se hallaban los grandes prófugos de ser juzgados por un tribunal ordinario; mas el duque de Alba contestó, que tales eran las órdenes del rey, y que no podia menos de llevar á su debido efecto. No habiendo comparecido, pues, los prófugos, dictó el duque la sentencia que los condenaba á la pena de traidores, é hizo conducir á España al conde de Buren, hijo mayor del príncipe de Orange, cursante en la universidad de Lobayna, sin que su corta edad de trece años, ni los privilegios de la universidad, pudiesen detener el golpe de aquella mano airada.

No fueron solo aquestos nobles las solas víctimas de los rigores del tribunal de sangre. Algunos otros fueron cogidos y decapitados en Bruselas y otros puntos, por haber hecho gran papel en las pasadas turbulencias. Murieron algunos despues de haber abjurado el culto nuevo y restituidose al seno de la religion católica. Persistieron otros en sus nuevas opiniones, con no poca indignacion y escándalo de los católicos celosos, y al mismo tiempo edificacion y simpatía por parte de los que sus mismos principios abrigaban, como sucede en toda lucha de partidos, sobre todo cuando están en pugna creencias religiosas.

No eran solo objeto del rigor del tribunal de sangre los magnates y los grandes, sino los hombres de las clases medianas, y hasta de la misma plebe. Cuantos eran conocidos por haber tomado parte en los pasados disturbios, en el saqueo y destrozo de los templos; cuantos pasaban por instigadores ó motores del desafecto que se profesaba al rey; cuantos estaban indicados por su profesion abierta ó adhesion al nuevo sistema religioso, fueron objeto de las pesquisas y blanco de los castigos fulminados por un tribunal que parecia sediento de venganza. Asi se hallaba el pais entero sobrecogido de terror, y se contaban por miles los individuos que por librarse de la persecucion buscaban asilo en Inglaterra, en Fran-

cia y otros paises extranjeros. Habia sido proscripto con las penas mas duras cuanto tenia hasta la apariencia de culto protestante; pero estas medidas de rigor, que parecia debian aplicarse solo á lo que entonces existiese, tenia efecto retroactivo por excesos pasados, que la política de la princesa Margarita habia sepultado en el olvido.

Era la guerra inevitable. Los proscriptos hacian por todas partes preparativos de una invasion en los Países-Bajos. Ponia en obra el príncipe de Orange todos los medios que le sugerian su genio, su ambicion y sus conexiones con los príncipes del imperio. No se descuidaba por su parte el duque de Alba, impertérrito en medio del peligro, y no cejaba un punto en la carrera de rigor é inflexibilidad que habia empezado. Entre sus medidas de seguridad se cuenta la construccion de la ciudadela de Amberes, en que se emplearon mas de tres mil hombres. Fué dirigida la obra por Paciotto, que pasaba por el primer ingeniero de su tiempo, y se reputa hoy como el creador de la fortificacion moderna. El castillo de Amberes, erigido mas bien para sujetar y reprimir á la ciudad, que para defenderla contra sus enemigos exteriores, ha sido la primera de las obras fuertes de este género, y como tal servido de modelo á otras muchas que en el discurso de muy pocos años se erigieron. Cada uno de sus cinco baluartes, pues tiene la figura de un pentágono, llevaba el nombre de algun grande personaje, habiendo recibido uno el del duque de Alba, y otro el de Paciotto, su ingeniero.

Se aguardaba de un momento á otro la invasion de los proscriptos. Los prófugos trataron de penetrar por el pais, unos por el mediodia y otros por el norte. Fué sin duda el plan del príncipe de Orange llamar la atencion del duque de Alba por varios puntos á la vez, en lo que procedia con prudencia; mas no nos parece habilidad el que dejase de entrar al mismo tiempo con todas las fuerzas que mandaba; pues cuanto mas numeroso fuese el ejército invasor, mas impresion favorable haria

en sus amigos, y mas impondria al duque de Alba. Tal vez no estarian completos los preparativos del ejército que organizaba; tal vez querria probar fortuna con ensayos parciales, sin exponer mucho su persona. Dejando aparte estas consideraciones, bástanos saber que los que entraron en Flandes por el lado de Francia fueron desbaratados sin grande resistencia, por el capitán español Sancho de Avila y un cuerpo enviado por Carlos IX en auxilio de los españoles. No cupo igual suerte á los últimos, mandados por Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange. Salió á su encuentro el conde de Aremberg, gobernador de Frisia; le aguardaba el de Nassau en una fuerte posición, cubierto con un monte por la espalda, apoyados sus flancos en bosques intransitables, y con un terreno pantanoso al frente.

Tenia además oculta una gran parte de sus tropas, para acometer de improviso á los españoles, si tenían éstos la imprudencia de atacarle. Tal pareció el acto al duque de Aremberg, jefe de habilidad y de experiencia. Mas se censuró en el ejército su circunspección, tachándola de cobardía, y esto fué bastante estímulo para que el general español arriesgase, contra su propio dictamen, una batalla, cuyos resultados preveía. Los españoles atacaron llenos de entusiasmo, contando con un triunfo muy seguro; mas empeñados en un terreno pantanoso con las tropas que tenían al frente, se vieron acometidos de flanco, por las que estaban en celada. Al desorden causado por esta embestida se siguió una derrota completa, y habiéndose puesto en fuga los que no cayeron en el campo de batalla, dejaron en poder del enemigo un gran número de prisioneros, las banderas, los equipajes y la artillería, donde figuraban seis piezas grandes, conocidas con los signos de música, ut, re, mi, fa, sol, la. Quedó entre los muertos el conde de Aremberg, cuya pérdida fué muy sentida de todos, y en especialidad del duque de Alba.

En vista de un desastre que podia ser seguido de fatales resultados, resolvió moverse en persona el goberna-

dor general con dirección á Frisia; mas no queriendo la parecer dejar enemigos por su espalda, y considerando como tales á los condes de Egmont y de Horn, á pesar de hallarse presos, aceleró su enjuiciamiento, no creyéndose seguro mientras la vida de los dos cautivos pudiese infundir ánimo en sus numerosos partidarios.

Mandó pues el duque de Alba proceder con toda actividad al enjuiciamiento de los condes. Se les hicieron los cargos de querer echar al rey de los dominios de Flandes; de haber solicitado la expulsión del cardenal Granvella; de haber instigado á los enemigos del gobierno español en la resistencia que oponian á las providencias de la gobernadora; de no haberse mostrado enemigos declarados de los confederados, ó sea Guesios ó mendigos; de no haber dado fuerte auxilio á los gobernadores ó magistrados contra los saqueadores de los templos y destructores de sus imágenes; en fin, de ser ocultos é indirectos enemigos del rey de España, aunque sin alzar contra él abiertamente un estandarte. Concluyó el fiscal por la pena de muerte, como traidores y reos de lesa magestad, y confiscación de sus bienes, á consecuencia de este crimen. Contestaron los condes en respuesta á estos cargos, protestando contra la incompetencia de su tribunal, alegando que como caballeros del Toison de Oro, no podian ser juzgados sino por el rey y el colegio de los de esta Orden. Con esta salvedad dijeron en descargo, que jamás habian sido enemigos del rey, ni querido despojarle de su dominio de los Países-Bajos; que jamás habian obrado nada en perjuicio de sus intereses, ni tomado parte por sus enemigos, y los perturbadores de la paz y el orden público; que si no se habian mostrado enemigos declarados de los confederados, y otros que desaprobaban las providencias del rey, habia sido por servirle mejor, empleando vias de conciliación, preferibles, en su concepto, á las del rigor y del castigo. Respondieron, en fin, lo bastante para ser absueltos en la opinión general, que tanta simpatía mostraba hácia sus personas, y achacaba

al rencor y ferocidad del duque de Alba el rigor con que eran tratados; mas no para satisfacer al tribunal, ni menos al duque, quien en nombre del rey, por su especial autoridad, por ser caballeros del Toison de Oro, los condenó á ser degollados por manos del verdugo. Inmediatamente los hizo conducir de Gante á Bruselas, donde debia verificarse la sentencia.

Al ser comunicada á los dos condes, ya de regreso en la capital, manifestaron extrañeza, pues no creian que llegase á tanto el odio de sus enemigos y la animadversion del rey; pero no por eso se abatieron, y como varones esforzados y cristianos se prepararon á la muerte. En aquellos tristes momentos escribió el conde de Egmont una carta al rey en lengua francesa, que por lo sentido de sus expresiones y lealtad que respira, merece ser mencionada por todos los historiadores. Dice así, sobre poco mas ó menos: «Señor: Habeis tenido á bien que sea condenado á muerte un súbdito y criado vuestro, que jam s dedicó á otra cosa su ánimo y sus fuerzas, que á servirlos. Da testimonio todo lo pasado de que, en ningun tiempo ahorré mis trabajos ni mi hacienda en vuestro obsequio, y que expuse á mil peligros la misma vida, que nunca estimé en tanto, que no la hubiese cien veces trocado de muy buena gana con la muerte, si acaso en la menor cosa pudiese ser á vuestra grandeza de embarazo. Por esto no dudo que, despues de haberos enterado bien de lo que aquí se ha hecho, reconocereis con cuánto agravio se ha procedido conmigo, cuando os hicieron creer de mí, lo que ni he pensado. De esto llamo por testigo á Dios, y le pido, que si en algo he faltado á las obligaciones que creí tener al rey y á las provincias, castigue á esta alma, que ante su tribunal será hoy mismo presentada. Y así os suplico, señor, no habiéndoos de suplicar ya mas, que en retribucion de mis trabajos y servicios, tengais alguna compasion de mi mujer y de mis once hijos y criados, que dejo encomendados á algunos pocos amigos. Teniendo por cierto que por vuestra na-

»tural clemencia lo hareis, voy á padecer la muerte, que recibo resignado, cierto, de que con este mi fin se satisfará á muchos. En Bruselas á 5 de junio, á las dos horas de la noche, año 1568. De V. M. muy humilde, fiel, y obediente súbdito, y criado preparado para morir. La moral, conde de Egmont.»

Entregó el conde de Egmont esta carta al obispo de Iprés, que le asistia en sus últimos momentos, á fin de que fuese dirigida al rey, y al dia siguiente salió acompañado de su confesor á la plaza pública de Bruselas, donde estaba preparado y tendido de negro su cadalso. Subió á él con paso firme, y se arrodilló sobre un almohadon que delante de un Crucifijo de plata le tenian dispuesto. Despues de un rato de oracion, pasó á manos del verdugo, que le cortó la cabeza, cubriendo en seguida el cadáver con un manto, á fin de que no fuese visto del conde de Horn, que iba á sufrir la misma suerte. Mas no se le ocultó á éste lo que acababa de ocurrir, y clavando sus ojos dolorosamente en el cuerpo cubierto de su amigo, pasó igualmente á arrodillarse al pié del Crucifijo, y de aquí á manos del verdugo. Clavaron las cabezas en una escarpia de hierro, y despues de permanecer espuestas á la vista del publico por espacio de dos horas, se trasladaron los cadáveres á la iglesia mas próxima, en que se les dió decente sepultura. Presenció todo el pueblo de Bruselas con lágrimas, con sentimientos de terror é indignacion, con ardientes deseos de venganza, tan lúgubre espectáculo, que iba á ser seguido de toda suerte de calamidades.

Cualquiera que sea el colorido que el espíritu de passion ó de partido dé á estos hechos, basta su autenticidad para que el hombre dotado de una sana razon, los coloque en el sitio que merecen. Pertenecian los dos condes á las familias mas ilustres del pais, enlazadas con otras de igual rango en Francia y Alemania. Los servicios que el conde de Egmont habia hecho á Carlos V y á su hijo eran tales, que ningun monarca podia desconocer-

los, sin nota de negra ingratitud ó sobra de injusticia. De carácter franco y demasiado comunicativo, si pudo cometer algunas imprudencias de palabra, jamás habian desmentido sus hechos los sentimientos de lealtad y fidelidad que profesaba al rey de España. No podia un señor flamenco, de grande influencia en el pais, aprobar explícitamente la política de este monarca, con respecto al gobierno de su patria. Se mostró enemigo del cardenal Granvella: reprobó los edictos relativos al establecimiento de la inquisicion, fulminados tan imprudentemente en la corte de Madrid; no se mostró enemigo declarado de los Guensios ó mendigos, pero en todos cuantos lances se vió comprometida la autoridad del rey, tomó parte en su defensa, como cumplia á un buen súbdito, ó sea vasallo, como entonces se decia. No se mostró protestante, ni abogado protector de los que la nueva secta profesaban. Una prueba de lo satisfecho que estaba de haberse conducido bien es, que á pesar de que no podia serle desconocido el carácter severo y suspicaz del rey, no siguió el ejemplo del príncipe de Orange, cuando supo el nombramiento del duque de Alba, para el gobierno general de Flandes. Fué su solo crimen el no haberse mostrado siempre instrumento y ciego aprobador de todas las disposiciones del rey, y haber visto los asuntos del pais con los ojos de un flamenco y no de un español, á quien podian ser indiferentes el bienestar y prosperidad de los Países-Bajos. Fué bastante este crimen para sepultar en el olvido sus grandes servicios, y hacerle perder su cabeza en un cadalso á la edad de cuarenta y seis años, dejando once hijos huérfanos, como en razones tan sentidas manifestó en su última carta al rey de España. No rodeaba tanto brillo á la persona del conde de Horn, aunque tambien se le puede considerar como un eminente personaje. Murió de cuatro años mas de edad que el de Egmont, y tampoco en toda su vida habia mostrado otros sentimientos que los que distinguian á su compañero. Debe pues la historia imparcial considerar el

suplicio de los dos, como una de aquellas atrocidades que solo puede disculpar el espíritu de fanatismo, ora civil, ora religioso, que en todas épocas, y sobre todo en aquella distinguia á los soberanos y á los pueblos; y hay que tener presente, que en este hecho tuvo tanta y mas parte el rey que su lugarteniente. De todos modos, aun mas que atrocidad, debe ser considerado en política como un enorme désacerto. Encendió este suplicio de nuevo las llamas de la discordia y de la guerra; y si es verdad, como dicen algunos historiadores, y es muy probable, que en la sangre de los dos cadáveres mojaron muchos habitantes de Bruselas sus pañuelos, se puede decir que fueron estos otros tantos pendones de insurreccion y de venganza.

## CAPÍTULO XXXVIII.

Continuacion del anterior.--Sale el duque de Alba de Bruselas en busca del conde de Nassau.--Le hace levantar el sitio de Groninga.-- Le derrota en los campos de Gemingen.--Vuelve á Bruselas.--Penetra el príncipe de Orange con su ejército en los Países-Bajos.--Sale de nuevo el duque de Alba de Bruselas y se establece en Maestrich.--Paso del Mosa por el príncipe de Orange.--Presenta batalla al duque de Alba.--No la acepta éste.--Escaramuzas.--Se retira el de Orange y pasa el Get.--Derrota del cuerpo que deja á retaguardia de este rio.--Se junta el príncipe de Orange con un cuerpo auxiliar de Francia.--Urecen sus apuros y dificultades.--Se vuelve á sus estados de Alemania.--Entrada triunfal del duque de Alba en Bruselas.-- Ereccion de su estatua en la ciudadela de Amberes.--Nuevos rigores.--Contribuciones.--Publicacion del decreto de indulgencia.

1568—1572.

**D**ESEMBARAZADO el duque de Alba de los dos presos, cuya existencia tantos temores le infundia, salió de Bruselas en busca de Luis de Nassau, que despues de su victoria sitiaba la plaza de Groninga, defendida por Vitelli, maestre de campo general de las tropas españolas.